

—Está bien, pero si todos siguen esa regla — replicó Alicia, siempre dispuesta para exponer algún pequeño argumento —, y si tú sólo hablas cuando se te habla, y los demás esperan a que tú empieces; como ves, nunca diría nadie nada, de modo que...

—¡Ridículo! — volvió a interrumpirla la reina —. No estás viendo, nena... — aquí interrumpióse de golpe, y luego de permanecer pensativa durante unos minutos, varió de tema —.

¿Qué quisiste decir con aquello de: «Si realmente soy una reina»? ¿Qué derechos tienes para llamarte así? Tú no puedes ser reina sin un previo y riguroso examen.

—Sólo dije

«si realmente»

— excusóse

Alicia con voz lastimera.

Las dos reinas cambiaron miradas, y la roja observó con un ligero temblor de labios:

